

**LA SOCIEDAD DE MASAS Y LOS LÍMITES DE LA CRÍTICA SOCIOLOGICA
EN LA OBRA DE CHARLES WRIGHT MILLS**

Fermín Alvarez Ruiz

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG)

Universidad de Buenos Aires (UBA)

ferminalvarez@gmail.com

RESUMEN

A partir de un análisis de múltiples dimensiones de la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX, Charles Wright Mills formula una caracterización de la sociedad moderna como “sociedad de masas”. En la misma, la sociología, como disciplina crítica, ocupa una función particular vinculada a la racionalización y la defensa de los valores modernos de la libertad y la razón.

La presente ponencia se propone reconstruir el abordaje de la sociedad de masas que pone en juego el autor dando cuenta de las principales dicotomías y dimensiones que lo componen, así como el lugar que otorga a la sociología y a la actividad intelectual, poniendo especial énfasis en los límites que plantea para éstas últimas.

Con este objetivo, se analizan tres obras fundamentales de Mills: *Las clases medias en Norteamérica* [1951], *La élite del poder* [1956] y *La imaginación sociológica* [1959]. La hipótesis que plantea el trabajo consiste en que, a medida que el autor caracteriza con más énfasis la sociedad moderna como una sociedad de masas, establece una serie de límites para la actividad intelectual que en *La imaginación sociológica*, cuando formula las tareas y potencialidades de la sociología, parece colocar en segundo plano.

INTRODUCCIÓN

El problema de las masas ha acompañado a la sociología desde sus inicios. Autores clásicos y contemporáneos, algunos pertenecientes al canon de la disciplina y otros de menor “peso”, han abordado la pregunta por las “masas” -el “público”, las “turbas” o también las “multitudes”- en sus distintas dimensiones y a partir de diferentes puntos de vista. Así, sirviéndose de distintos vocabularios, se ha presentado relacionada con una heterogeneidad de problemas sociales -desde la migración hasta los medios de comunicación- y articulando conceptos dicotómicos, tensiones teóricas e incluso distintas

disciplinas -por ejemplo, la sociología, la psicología social y la filosofía política (Borch, 2012; McClelland, 2010; Schnapp y Tiews, 2006).

En este marco, el presente trabajo se propone recuperar el abordaje de la pregunta por las masas presente en la obra del sociólogo estadounidense Charles Wright Mills. Más precisamente, su caracterización de la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX como una “sociedad de masas”. A través de este trabajo reconstructivo abordaremos una serie de tensiones teóricas y conceptos sociológicos, cuyo análisis se propone colaborar en el estudio de las distintas dimensiones que asume el problema de las masas en la sociología.

A partir de esta labor analítica, abordaremos las ideas del autor respecto de las características que debe asumir la sociología como estilo de pensamiento y como disciplina crítica. De esta manera, el trabajo plantea un acercamiento al problema de las masas en la teoría sociológica a partir de su entrecruzamiento con una pregunta clásica de la disciplina: ¿cuál es o debe ser la función social de la sociología en relación con su objeto de estudio y cuáles son las posibilidades de poner en acción ese rol?

La hipótesis que orienta el trabajo es que, en la formulación que realiza el autor de las características que debe asumir la crítica sociológica en una *sociedad de masas*, parece minimizar la consideración de las condiciones de recepción de ese *estilo de pensamiento* que sus propias investigaciones sociológicas ponen en evidencia. En otras palabras, la función crítica que Mills propone para las ciencias sociales se aleja de las propias consideraciones sociológicas del autor respecto de la posibilidad de que un estilo de pensamiento de esas características pueda generalizarse y operar como un dispositivo crítico. Así, entendemos que emerge una fuerte tensión entre las características de la sociedad de masas y la crítica sociológica, tal como la entiende el autor.

El trabajo está compuesto por tres apartados, seguidos de una serie de conclusiones. Cada apartado corresponde al análisis de una obra clave de Mills. La primera de ellas es *Las clases medias en Norteamérica* (1957) [1951]. Allí, el autor trabaja sobre una serie de transformaciones estructurales que desembocan en una reconfiguración de las clases medias. Como parte de la investigación, analiza las especificidades que asumen los trabajos característicos de los nuevos estratos medios. Entre ellos, se encuentra el trabajo intelectual, de especial interés para nosotros ya que atañe a las condiciones de producción de una sociología crítica. En segundo término, trabajaremos sobre *La élite del poder* (1969) [1956], obra en la que el autor despliega un análisis de los actores fundamentales y los modos de distribución del poder social en una *sociedad de masas*, lo cual supone una

serie de transformaciones estructurales sobre las que la crítica sociológica debe operar. En tercer lugar, analizaremos *La imaginación sociológica* (1986) [1959]. Allí, delimita lo que entiende como las características fundamentales del conocimiento sociológico, los valores que han caracterizado a la disciplina desde sus inicios y el modo en que éstos deben ser defendidos y estimulados como núcleos de un estilo de pensamiento crítico en el marco de una *sociedad de masas*. Finalmente, arrojaremos una serie de conclusiones sobre la tensión existente entre la caracterización de la *sociedad de masas* que formula el autor y el modo en que la crítica sociológica debe operar sobre sus tendencias antidemocráticas.

I. LOS NUEVOS INTELLECTUALES DEPENDIENTES DE CLASE MEDIA.

*Las clases medias en Norteamérica (White-Collar)*¹ (1957) [1951] es, sin dudas, uno de los trabajos más importantes de Mills. Se trata de una obra que, entrelazando varias dimensiones de análisis, ofrece una caracterización de las transformaciones de las clases medias en Estados Unidos a mediados del siglo XX. Así, en primer lugar, presenta un estudio de los cambios en la distribución y control de la propiedad que habilitan su mutación generalizada. En segundo término, ofrece un análisis de las formas específicas de trabajo que las caracterizan. En tercer lugar, formula los rasgos centrales de su “estilo de vida”. Por último, a partir del análisis de las dimensiones anteriores, sugiere cuáles son sus límites y perspectivas de organización política.

En conjunto, el análisis de todas estas dimensiones permite no sólo obtener una caracterización amplia y compleja de este estrato, sino también de la sociedad en su conjunto. El trabajo pone en juego el estudio de procesos de cambio estructural de largo plazo, que implican también a las clases dominantes y trabajadoras, con las cuales los *white-collars* necesariamente mantienen relaciones. En este sentido, la obra trasciende la pregunta por las clases medias y permite una visión de conjunto de un proceso de cambio estructural a nivel político, económico y social que involucra a todos los estratos y sus lógicas de interrelación.

La hipótesis central del trabajo es que la transformación fundamental que permite comprender las especificidades de las nuevas clases medias opera en el nivel de la estructura económica. Más específicamente, en la alteración de la distribución de la propiedad entre principios del siglo XIX y comienzos del XX. De acuerdo con los análisis

¹ “*White-Collar*”, en español, puede traducirse como “cuello blanco”. El concepto hace referencia a la vestimenta que durante gran parte del siglo XX utilizaron -y aún utilizan, aunque sin dudas menos que en el siglo pasado- todos los empleados que llevaban adelante un trabajo no-manual. El tipo de clase media que Mills describe en su libro se caracterizaba por este tipo de vestimenta.

de Mills, la estructura socio-económica de la Norteamérica del siglo XIX se componía principalmente de una pluralidad de agricultores libres, productores y comerciantes en la que “cuatro quintas partes de las personas libres que trabajaban tenían bienes” (1957: 25), es decir, una propiedad.² Por lo tanto, se trataba de una sociedad cuyo estrato de mayor peso era el intermedio y en la que prevalecía la figura de un sujeto económica y políticamente independiente, individualista y gobernado por un sistema sin un centro autoritario. Una sociedad “autoequilibrada” en la que el poder político, económico y militar se encontraba disperso en la misma medida que la propiedad (1957: 28-31).

A partir de principios del siglo XX, esa estructura económica se ve paulatinamente transformada, ya que un grupo pequeño de grandes propietarios logra acaparar mercados y absorber a los pequeños actores económicos.³ Así, la figura del conjunto de pequeños propietarios independientes y autónomos, se vio reemplazada por la de una masa de empleados despojados de su propiedad, disponibles para ser contratados, en el marco de un mercado laboral libre, por los grandes propietarios que concentraban la mayor parte de la riqueza.⁴ Esta masa de trabajadores-empleados dependientes de los grandes propietarios concentrados es lo que, según Mills, constituye las nuevas clases medias de “cuello blanco” de Norteamérica. En este sentido, el proceso sobre el que se montan las transformaciones de los estratos medios puede entenderse como un cambio en el eje que determina su estratificación: de la propiedad a la ocupación (1957: 93).

La especificidad de las actividades que realizan los integrantes de las nuevas clases medias está vinculada, precisamente, al aumento de la concentración de la propiedad. Por lo tanto, prácticamente la totalidad de los trabajos que realizan son no-manuales y se desarrollan en el marco de grandes empresas y burocracias. Se trata de empleos que no tienen que ver con “hacer cosas”, sino con manejar “personas y símbolos” vinculados a la producción y su organización (1957: 96). Estos trabajos se pueden clasificar en función de los ingresos que

² Vale aclarar que Mills también menciona a los esclavos. Sin embargo, para el autor, no se trata de un factor de peso a la hora de considerar las características de los estratos medios de Estados Unidos a mediados del siglo XIX, ya que su intervención en los procesos productivos no afectaba el tamaño de las propiedades. Por lo general “el propietario de esclavos era un pequeño agricultor independiente que trabajaba sus tierras juntamente con los hombres que eran suyos” (1957: 25).

³ El proceso de acumulación que permite esta transformación de la propiedad en dirección hacia la concentración es abordado por Mills en los apartados “La catástrofe rural” y “La dinámica de los negocios” (1957: 34-50). Allí, describe las estrategias de acumulación que desplegaron distintas fracciones de la burguesía para fagocitar a los pequeños propietarios y controlar la economía estadounidense. Por motivos de espacio, no abordaremos en detalle estos mecanismos de acumulación.

⁴ Este proceso también da lugar a la emergencia de lo que Mills denomina como una “masa burguesa” de pequeños propietarios-trabajadores: un grupo de propietarios de pequeñas porciones de tierra y distintos tipos de comercios, extremadamente dependientes de fluctuaciones económicas sobre las que su propia actividad no tiene ningún tipo de influencia (1957: 51). Sin embargo, la mayor parte de los análisis del autor se concentran en la masa de empleados de clase media no-propietarios.

proporcionan -posición de clase-, el prestigio -*status*- que otorgan y el poder que permiten ejercer o no sobre otras personas. Sin embargo, su marca de distinción más importante está dada por el tipo de conocimiento que ponen en juego y su función (1957: 103).⁵

De esta manera, es posible identificar cinco grandes grupos de empleos emergentes a partir del proceso de concentración de la propiedad y el aumento de tamaño de las empresas y las organizaciones: (a) Los gerentes y directores de grandes organizaciones burocráticas; (b) Los profesionales a sueldo que abandonan el despacho independiente y se insertan en grandes organizaciones -abogados de grandes firmas, médicos de clínicas y profesores empleados, entre otros-; (c) Los intelectuales dependientes -de guionistas de cine a investigadores de grandes centros académicos-; (d) Los vendedores empleados que reemplazan a los pequeños empresarios comerciantes; (e) Los empleados de las grandes oficinas que reemplazan a los administrativos de las pequeñas empresas y burocracias.

Es importante remarcar que la emergencia de cada uno de estos grupos de empleos *white-collar* se encuentra vinculada al aumento de tamaño y complejidad de las burocracias y los procesos productivos (1957: 189). Por lo tanto, la especificidad de los empleos de las clases medias supone, además de la concentración y el control de los medios de producción por parte de un grupo reducido de actores económicos, la expropiación de la racionalidad de los empleados, ya que las decisiones vinculadas a la planificación y las características generales de los procesos productivos recaen también sobre un pequeño número de individuos. Así, el aumento generalizado de las burocracias transforma la enajenación en un problema central de los empleados de las clases medias:⁶ no sólo los objetos que circulan en el mercado se le presentan como ajenos, sino también -y quizás con más fuerza- los procesos de toma de decisiones que involucran su destino como trabajadores y ciudadanos (1957: 289-290).⁷

⁵ Si tomamos en cuenta que el abordaje de las clases medias que lleva adelante Mills involucra simultáneamente un análisis de la relación que mantienen los actores con la distribución de la propiedad, el salario, el prestigio, el poder y las características específicas de las actividades que realizan -servicios-, es posible afirmar que su estudio puede enmarcarse dentro de la corriente de análisis de clase conocida como “neo-weberianismo” (Breen, 2005; Goldthorpe, 1992). Sin embargo, cabe mencionar que su preocupación por las consecuencias respecto de la forma particular de enajenación que padecen las clases medias lo acercan a los análisis críticos marxistas (Becker, 1969).

⁶ Según el autor, la enajenación se extiende también a la propia personalidad, ya que los empleos de las clases medias *white-collar* en muchos casos suponen ofrecer al mercado laboral rasgos de personalidad afines al trato amable con clientes y con el público en general (Mills, 1957: 238). Este fenómeno implica un trabajo de gestión y dirección de la personalidad del trabajador que lo transforma en lo que el autor denomina como un “robot alegre” (1957: 298).

⁷ De acuerdo con Becker (1969), el esbozo de una psicología social presente en la obra Mills tiene como uno de sus rasgos centrales la pregunta por la alienación y sus consecuencias sobre la vida colectiva.

De esto se desprende una profunda transformación en el significado que las clases medias otorgaban al trabajo. La clase media propietaria orientaba su relación con la actividad productiva a través de una “ética protestante” vinculada al esfuerzo y el sacrificio. Ésta resultaba eficaz, en gran parte, debido a que la estructura económica, asentada en la pequeña propiedad, permitía la existencia de rutas de ascenso social poco pautadas en las que el trabajo dependiente sólo representaba un paso transitorio hacia la independencia a través de la adquisición de una propiedad. A partir de las transformaciones que Mills analiza, la ética protestante del trabajo es reemplazada por una *ética del ocio*. Ésta se asienta en la construcción de un profundo desinterés por el trabajo, ya que en el marco de las grandes burocracias, el empleado *white-collar* mantiene una profunda relación de extrañamiento con su actividad (1957: 300-303).

Ahora bien, tanto durante el siglo XIX, como a mediados del siglo XX, es posible ubicar a entre los estratos medios de la sociedad a los intelectuales. Para Mills, puede considerarse como parte de este grupos a todas aquellas “personas que se especializan en símbolos, (...) [y que] producen, distribuyen y conservan formas distintas de conciencia” (1957: 191). Sin embargo, en el marco de las transformaciones que hemos mencionado, el intelectual independiente del siglo XIX -pequeño propietario o aristócrata- es reemplazado y superado en número, a mediados del siglo XX, por el intelectual empleado de la burocracia estatal, de los negocios, de los partidos o de las asociaciones voluntarias.

En algunos casos, se desempeñan como empleados de una Universidad o de los medios de masas; en otros, se dedican a intentar moldear la opinión pública de forma deliberada a través de construcciones simbólicas que justifican y legitiman las nuevas relaciones de poder de la sociedad monopolista y burocratizada; en ambos casos, se trata de una figura que, en diferentes grados, pierde su independencia y pone su racionalidad al servicio de un poder (1957: 199-204).⁸ En consecuencia, a partir de las transformaciones de las clases medias que describe el autor, la actividad intelectual sufre profundas transformaciones: ya no es realizada por propietarios independientes, sino por empleados dependientes sujetos a presiones de actores económicos poderosos y burocracias complejas.⁹

⁸ En este sentido, cabe mencionar que para Mills todos los trabajos intelectuales mantienen una relación constante con el poder, puesto que “justifican, desprestigian o distraen la atención de la autoridad y su ejercicio (1957: 192).

⁹ Vale la pena mencionar que, a través de una perspectiva de análisis similar, Quijano (1971) analiza las transformaciones de la actividad intelectual en el Perú a mediados del siglo XX. En su análisis, sin embargo, el tipo de intelectual que antecede al profesionalizado de clase media dependiente no proviene de una clase media de pequeños propietarios, sino de una oligarquía terrateniente alienada en la cultura de las clases dominantes extranjeras. En el Perú, entonces, la emergencia del intelectual dependiente de clase media implica otro tipo consecuencias.

De todo esto, entonces, se desprende, por un lado, una caracterización de la sociedad que excede a los individuos que integran los estratos medios de la sociedad norteamericana. Las transformaciones estructurales que dan lugar a la emergencia de una masa de empleados *white-collar* abren paso a cambios generalizados en el modo de vida de amplios sectores de la población. Fundamentalmente, en dos dimensiones de la vida social directamente relacionadas. En primer lugar, en relación con la distribución del poder. La estructura social que se configura en la sociedad norteamericana de mediados del siglo XX habilita un profundo desequilibrio en la distribución del poder social, ya que tiene como uno de sus rasgos centrales la concentración económica. En segundo término, y en estricta relación con lo anterior, las transformaciones estructurales que dan lugar a la reconfiguración de las nuevas clases medias redoblan la enajenación que padecen los sujetos en las sociedades industriales. Dado el carácter ampliado y concentrado de la propiedad y las burocracias, los sujetos experimentan un profundo extrañamiento no sólo respecto de los productos de su trabajo, sino también respecto de las decisiones económicas y políticas que influyen en sus trayectorias vitales. En efecto, Mills propone que a partir de la expropiación de la racionalidad y el control del trabajo, las clases medias se perciben a sí mismas cada vez más separadas del poder político (1957: 411).

Por otra parte, en el marco de las características que asumen las nuevas clases medias y la sociedad en general, la actividad intelectual asume rasgos específicos. Tal como indicamos más arriba, estos desplazamientos suponen la emergencia una masa de intelectuales dependientes autolimitados en sus opiniones y/o al servicio del poder concentrado. En este sentido, entonces, es posible afirmar que *Las clases medias en Norteamérica* permite esbozar los rasgos de una transformación societal cuyas marcas de distinción son la concentración de poder, la enajenación generalizada respecto de los productos del trabajo y de las decisiones, la generalización del ocio como ética, la emergencia de una cultura homogénea avocada al entretenimiento y el encorsetamiento de la actividad intelectual entre el poder y la burocratización. Como veremos en el próximo apartado, esta reconfiguración societal, apenas esbozada a partir de la caracterización de las clases medias, se torna central en *La élite del poder*.

II. LA SOCIEDAD DE MASAS EN LA ÉLITE DEL PODER.

La élite del poder (1969) [1956] puede ser leída como una obra que, a partir de la identificación de la condición de dependencia y alienación de las clases medias en Estados Unidos a mediados del siglo XX, se pregunta por las características y los lazos que unen a

los actores que expropian y concentran el poder y la racionalidad. Así, el trabajo presenta un análisis pormenorizado de la composición y las características de los grupos que, de manera compleja y no exentos de tensiones, conducen los destinos de las mayorías de Estados Unidos. A su vez, la obra involucra una caracterización de los aspectos de la sociedad norteamericana que permiten caracterizarla como una totalidad distinta de aquella compuesta mayoritariamente por pequeños propietarios autónomos en equilibrio. Esta caracterización, de gran interés para nosotros, tiene como hipótesis fundamental la idea de que esta nueva totalidad se presenta como una *sociedad de masas*.

El trabajo parte de la idea de que el proceso de concentración económica descrito en *Las clases medias en Norteamérica* implica simultáneamente una concentración de poder político y militar. Por lo tanto, la sociedad norteamericana de mediados de siglo XX se presenta como una sociedad en la que un pequeño grupo de individuos adquiere la capacidad de conducir los destinos de las mayorías. En el plano político, la estructura de dominación pasa de una organización descentralizada con un poder central débil, a un poder ejecutivo centralizado con múltiples atribuciones. El poder militar, por su parte, deja de caracterizarse por su debilidad y su intrascendencia en la vida pública, y se transforman en una de las instituciones centrales de la sociedad (1969: 15).

A partir de este proceso, entonces, los poderes mencionados adoptan una capacidad sin precedentes para influir en el destino de las mayorías. Por lo tanto, constituyen para el autor un grupo de instituciones que habilitan a una minoría de individuos a transformarse una *élite de poder*.¹⁰ La emergencia de estos poderes, al igual que en el caso de las nuevas clases medias, remiten a transformaciones de orden estructural. Sin embargo, a diferencia de aquel análisis, la emergencia de una *élite de poder* debe explicarse por procesos que

¹⁰ No se trata de una clase, ya que no es la posición económica de sus integrantes lo único que determina su poder. En efecto, el punto central del análisis no es que quiénes ocupan los puestos de mando asociados a estas instituciones son quienes acumulan, previo a su participación en las mismas, mayor dinero, prestigio y poder. Por el contrario, las posiciones más privilegiadas en el plano de la clase, la política y el reconocimiento sólo pueden alcanzarse en la medida en que se ocupan los puestos de mando de estas instituciones. De esto se desprende, por un lado, que son las instituciones las que, según Mills, determinan en última instancia las oportunidades de los individuos (1969: 17) y, por otra parte, que la conformación de una *élite de poder* responde a especificidades estructurales y no a atributos de grupos particulares. A propósito de este último punto, cabe mencionar la distinción que establece de Imaz (1972 [1964]: 236) entre *élite funcional* y *élite dirigente*. La primera se caracteriza por la mera ocupación de una posición funcional -las más altas posiciones de las instituciones más poderosas de la sociedad-, mientras que la segunda da cuenta de la ocupación de esas posiciones con el fin de conducir las actividades de la comunidad hacia un determinado fin. En este último caso, los ideales e intereses específicos de los grupos que conforman la *élite de poder* - como posición funcional- se tornan centrales para el análisis.

implican, pero también trascienden, a la estructura económica, ya que involucran al poder político y militar.¹¹

Ahora bien, así como la concentración de la propiedad y la racionalidad en las grandes compañías y burocracias provoca la emergencia del estrato *white-collar*, la concentración combinada de poder de los sectores económico, político y militar supone para Mills la configuración de una *sociedad de masas*. Tanto es así, que afirma que el concepto de *élite de poder* es inseparable del de *sociedad de masas* (1969: 34). Pero ¿qué caracteriza exactamente a este tipo de sociedad si tomamos como uno de sus rasgos fundamentales el hecho de estar dirigida por una minoría que concentra la mayor parte del poder social? ¿por qué denominarla como una *sociedad de masas* y no, por ejemplo, como una sociedad de élites?

Para delimitar el concepto, el autor analiza las características que asume el espacio público en tanto esfera de deliberación y legitimación del poder político en una sociedad democrática. En este punto, la referencia a la forma que asume el espacio público en la sociedad norteamericana del siglo XIX resulta crucial, ya que se torna el punto de referencia histórico y normativo que permite delimitar el concepto de *sociedad de masas*: según Mills, una *sociedad de masas* se opone, por como se configura su espacio público, a una *comunidad de públicos*.

La figura de la sociedad como *comunidad de públicos* remite a la teoría democrática liberal del siglo XVIII, según la cual el centro de poder y de decisión de una sociedad democrática reside en el “Gran Público”. Este “Gran Público” se encuentra conformado por una pluralidad de individuos libres que discuten los problemas de la vida pública. De esa gran discusión libre entre individuos, pero también entre asociaciones y partidos que los agrupan, emergen decisiones vinculantes a partir de las cuales se llevan adelante acciones de gobierno que comprometen a toda la comunidad (1969: 279).¹²

En este esquema, la autonomía y la libertad para la discusión de los asuntos públicos se basa en una distribución equitativa del poder entre los actores que participan del proceso de deliberación. Cualquier desbalance en la distribución de poder permite a algunos de los participantes imponer su opinión y su voluntad, desvirtuando el proceso de discusión y

¹¹ Mills identifica cinco periodos sucesivos de transformaciones estructurales que desembocan en el ascenso de un poder concentrado en las grandes corporaciones económicas, el Estado y el sector militar (1969: 253-258). Por motivos de espacio, no podemos reconstruirlos en este trabajo.

¹² Tal como se desprende de las afirmaciones de Haidar (2012), la caracterización de la sociedad como *comunidad de públicos* remite directamente a la tradición democrática y liberal de lo comunitario, fundamentalmente a la obra de John Dewey (1954 [1927]). En el marco de esta tradición, la sociedad y el espacio público-político son concebidos como una “Comunidad de comunidades”. La influencia de Dewey sobre obra de Mills es ampliamente reconocida (Tilman, 1984).

transformando el proceso deliberativo en una ficción. De esto se desprende, entonces, la importancia de mantener en equilibrio la distribución de poder entre las distintas fuerzas sociales que intervienen en el espacio público.

La conformación de una *élite de poder*, tal como la describe Mills, atenta de forma directa contra la reproducción de este esquema. Su emergencia implica un fuerte desbalance en el equilibrio de fuerzas que permite una discusión público-política sin imposiciones autoritarias. Esto se ve reflejado en el hecho de que en una *sociedad de masas* se vuelve asimétrica: (i) la proporción entre los que exponen una opinión y los que la reciben; (ii) la posibilidad de réplica; (iii) la posibilidad de aplicar las decisiones tomadas en el espacio público; (iv) la capacidad que tienen las instituciones para imponer una opinión y el público para resistirla (1969: 281-282).

Este desbalance de poder entre los participantes de la discusión público-política transforma la esfera pública, concebida teóricamente como una *comunidad de públicos*, en un espacio de manipulación de masas orientado a la legitimación de decisiones y acciones de sectores poderosos que no pueden exhibir abiertamente su poder desmedido. Esta manipulación se ejerce a través de dos instituciones: (a) los medios de comunicación de masas concentrados; (b) el sistema educativo. En la sociedad norteamericana, ambas instituciones se encuentran controladas por la *élite de poder*. Por lo tanto, contribuyen a la instalación de un sentido común que favorece la dominación de la minoría. En ambos casos, el trabajo de los nuevos intelectuales dependientes de clase media resulta un aspecto clave para la reproducción del poder de la *élite* (1969: 289; 1957: 204).

Los dispositivos que estas instituciones despliegan para invisibilizar la concentración del poder y el dominio que la minoría ejerce sobre el espacio público son múltiples. Los medios de comunicación de masas, fundamentalmente, trivializan los problemas públicos, promueven una visión individualista de la vida y propagan estereotipos ideológicos mayoritariamente ligados a la *élite de poder* (1969: 290-293). El sistema educativo, por su parte, forma a los individuos para abrirse camino en las jerarquías preestablecidas de las burocracias y obtener empleos dependientes mejor pagos. En otras palabras, promueve una educación orientada al empleo y no a pensar y juzgar los asuntos públicos (1969: 295). Ambas instituciones, entonces, contribuyen a la formación de un *hombre-masa* que no puede conectar sus más íntimas preocupaciones y problemas, con tendencias y procesos cuyo origen y significado es esencialmente colectivo (1969: 296).

De todo esto, entonces, se desprende una caracterización de la *sociedad de masas* basada en dos dimensiones directamente relacionadas: por un lado, la distribución del poder social

y la estructura de dominación que esa distribución configura. Por el otro, el modo en que esa distribución del afecta las formas de deliberación en el espacio público. En el caso de la sociedad norteamericana, la existencia de una *élite de poder* implica la desintegración del espacio público como una *comunidad de públicos*. Como parte de ese proceso, la manipulación de las masas reemplaza la discusión entre pares, por lo que los medios de comunicación concentrados y el sistema educativo operan como instituciones que legitiman las decisiones de una minoría poderosa.

En este sentido, el proceso de concentración económica, política y militar en una élite que conduce los destinos de las mayorías, al igual que sucede con las clases medias respecto de las burocracias y los procesos productivos, involucra una profunda enajenación de las masas respecto de su destino. La expropiación de la racionalidad que padecen los empleados *white-collar* se presenta en *La élite del poder* como una condición generalizada. La manipulación de la opinión pública, a partir de la individualización del origen y las causas de los problemas y los malestares de las personas, supone que la mayor parte de los individuos mantenga una disociación radical entre su ambiente personal y la estructura social (1969: 298). Solo de esa manera, y precisamente por ello, una *élite de poder* puede conducir sus vidas legitimando sus decisiones en la opinión de las mayorías. En palabras del propio autor:

La idea de una sociedad de masas sugiere la idea de una élite de poder. En contraste, la idea de público sugiere la tradición liberal de una sociedad sin élite de poder, o en cualquier caso de élites transitorias, sin importancia soberana. Pues si un público auténtico es soberano, no necesita dueño; pero las masas, en su pleno desarrollo, son únicamente soberanas en algún momento de adulación plebiscitaria a una minoría como celebridad autoritaria. La estructura política de un Estado democrático requiere público; y el hombre democrático, en su retórica, debe afirmar que dicho público es la sede misma de la soberanía (1969: 300)

En el próximo apartado veremos como la caracterización de las *sociedad de masas* a partir de estas dimensiones, así como la descripción de la actividad intelectual a partir de las transformaciones de las clases medias, dan lugar a la formulación de una función y unos fundamentos normativos específicos para la crítica sociológica.

III. LA IMAGINACIÓN SOCIOLÓGICA COMO CRÍTICA DE LA SOCIEDAD DE MASAS.

La imaginación sociológica (1986) [1959] es, a diferencia de *Las clases medias en Norteamérica* y *La élite del poder*, un trabajo que no analiza los cambios estructurales de Estados Unidos, sino que intenta delimitar un espacio y un modo de intervención para la sociología en el marco de dichas transformaciones. En ese sentido, se trata de una obra que intenta recuperar las “promesas” de la ciencia social clásica con el objetivo de contrarrestar las tendencias antidemocráticas de la *sociedad de masas*.

El trabajo comienza formulando una caracterización general de la experiencia vital de los individuos en las sociedades modernas, que se desprende de las afirmaciones sobre la *sociedad de masas* volcadas en *White-Collar* y en *La élite del poder*. Así, propone que en ellas, los individuos sienten que su vida personal está fuera de control y, a su vez, no atribuyen esa falta de control a la expropiación de su autonomía, su poder y su racionalidad por parte de una minoría de actores poderosos (1986: 23-25).

Por lo tanto, el autor indica que es imperante estimular el desarrollo y la generalización de un estilo de pensamiento que define como *imaginación sociológica*. En términos generales, la *imaginación sociológica* permite establecer un vínculo entre la vida de los individuos y los grandes procesos histórico-estructurales, es decir, una relación entre la historia y las condiciones estructurales, con la biografía, los problemas y los malestares de los individuos. De esta manera, afirma, se habilita la reformulación de los problemas individuales como problemas público-políticos.¹³

Ahora bien, el aporte distintivo de *La imaginación sociológica* no es tanto la explicitación del estilo de pensamiento que Mills desplegó en sus trabajos -una suerte de reflexión epistemológica y metodológica elaborada *a posteriori*-, sino el lugar que le asigna a esta forma de construir y analizar los problemas centrales de las sociedades modernas. Para el autor, la *imaginación sociológica*, como empresa intelectual, no sólo es el estilo de pensamiento que deben adoptar las ciencias sociales en general y la sociología en particular, sino que es una necesidad intelectual de las sociedades modernas. Tanto es así, que considera que puede llegar a convertirse en el común denominador de su vida cultural,

¹³ *La imaginación sociológica* opera a partir de tres tipos de interrogantes: (i) los vinculados a las características de la estructura social en la que las personas y los grupos despliegan sus acciones; (ii) los relacionados con los procesos históricos de largo plazo y el lugar que ocupa la estructura social analizada en los mismos; (iii) los asociados al tipo de “naturaleza humana” que produce y reproduce una estructura social en un determinado período histórico, es decir, el tipo de mentalidad y estilo de vida que habilita una sociedad en un determinado momento (1986: 25-26). Como hemos podido observar a lo largo de este trabajo, estos son los interrogantes que orientaron las indagaciones más importantes del autor.

tal como la física o la biología lo fueron y lo son para las sociedades modernas en desarrollo (1986: 36). En este sentido, el desarrollo y la hegemonía de la *imaginación sociológica* se presenta como el recurso más importante de las sociedades modernas para sus tendencias enajenantes y antidemocráticas (1986: 178).

Las sociedades modernas, en tanto se configuren como una *sociedad de masas*, amenazan dos valores fundamentales de la propia modernidad: la razón y la libertad. Son estos dos valores, precisamente, los que movilizan y sostienen normativamente la crítica sociológica que impulsa los análisis de *Las clases medias en Norteamérica* y *La élite del poder*. En efecto, si hay algo que ambos trabajos comparten, es la idea de que los individuos que integran una *sociedad de masas* no pueden razonar respecto de las condiciones estructurales sobre las que se constituye su propia existencia enajenada.

El núcleo normativo de las ideologías políticas más importantes de la modernidad - liberalismo y socialismo- se asienta, en gran parte, en la idea de que una creciente racionalidad es la condición fundamental para una mayor libertad. Para estas teorías, la emancipación de los sujetos supone una toma de conciencia respecto de sus condiciones de vida (1986: 179; 1964; Zeitlin, 2006). Pues bien, en una *sociedad de masas*, los dispositivos sociales de poder racionalmente organizados -sean estos las burocracias estatales, las grandes empresas privadas, el ejército o el conocimiento científico- han implicado el desarrollo y la expansión de la racionalidad instrumental que expropió y concentró la razón y la libertad en los centros de poder, dejando a los individuos en un mundo aparentemente gobernado por la irracionalidad. En palabras de Mills:

La creciente racionalización de la sociedad, la contradicción entre esa racionalidad y la razón, la quiebra de la supuesta coincidencia de razón y libertad, estos hechos están detrás de la aparición del hombre 'con' racionalidad pero sin razón, que cada vez es más auto-racionalizado y cada vez se encuentra más a disgusto. Es en relación con este tipo de hombre como mejor puede enunciarse el problema contemporáneo de la libertad (1986: 182).

El problema al que debe abocarse una sociología crítica es, entonces, la transformación, a través de la *imaginación sociológica*, de los problemas individuales en problemas públicos vinculados a la crisis de la modernidad. En otras palabras, de acuerdo con Mills, la sociología debe construir sus problemas en estrecha relación con la idea de una crisis de la razón y la libertad. Esto no significa otra cosa que relacionarlos con los cambios

estructurales que suponen la expropiación de la autonomía y la racionalidad de las mayorías (Quijano, 1962).

Las ciencias sociales, en este marco, se presentan como una suerte de “inteligencia pública independiente” (Mills, 1986: 192) orientada a la transformación del *hombre-masa*, dependiente, expropiado de su racionalidad, arrinconado en su individualidad y en la desconexión de sus problemas personales de las condiciones estructurales que los hacen posibles, en un *hombre público*. Éste, a diferencia aquel, es capaz de transformar sus preocupaciones en problemas políticos colectivos que involucran a la comunidad de la que forma parte. Esta transformación de la masa en público resulta clave, puesto que es la llave para revertir la estructura asimétrica de distribución del poder social en la que se funda la *sociedad de masas*.

Así, contra la expropiación de la autonomía y la racionalidad de los individuos, Mills propone desplegar una ciencia social que permita dar cuenta de las “oportunidades objetivas de que disponen tipos dados de hombres dentro de tipos dados de estructura social para llegar a ser libres y racionales en cuanto individuos” (1986: 196), así como de las posibilidades que tienen de trascender su ambiente cotidiano y transformar la estructura de su sociedad y de su época. La sociología crítica, por lo tanto, se presenta como un conocimiento que racionaliza y enmarca en una perspectiva totalizante de lo social las experiencias personales de los individuos. Esta operación, según el autor, es la piedra de toque para combatir la enajenación característica de la *sociedad de masas*, transformándola en una nueva *comunidad de públicos*.

Ahora bien, llegado este punto es posible preguntarnos por la posibilidad de que la sociología asuma esta función crítica en una *sociedad de masas*, tal como la describe Mills, y más aún, si existen condiciones estructurales que habiliten la recepción de una crítica sociológica de este tipo. Pues bien, es posible afirmar, a partir de los análisis del propio autor, que en ninguno de los dos casos la respuesta puede ser afirmativa sin más. Pero sobre todo, que en relación con lo segundo, pareciera minimizar sus propias conclusiones respecto de las especificidades de la *sociedad de masas*.

En primer lugar, con respecto a las condiciones de posibilidad de producción de una sociología crítica, el análisis presente en *Las clases medias en Norteamérica* sobre las transformaciones de la actividad intelectual resultan contundentes.¹⁴ Como hemos visto, la

¹⁴ Así lo entiende también Winetrou (1969), quien afirma que, en función de estos análisis, es posible interpretar la obra de Mills como un gran esfuerzo intelectual dedicado a contrarrestar las tendencias estructurales que arrinconan al intelectual crítico.

actividad intelectual, como actividad de hombres libres y autónomos que formulan sus análisis y valoraciones sin constricciones, ha sido reemplazada por la actividad intelectual de empleados dependientes. Vale aclarar que Mills menciona que no todas las organizaciones emplean intelectuales para desarrollar “fortificaciones simbólicas” (1957: 204) destinadas a justificar y legitimar su poder y el orden imperante. En efecto, muchas Universidades cuentan entre sus empleados con profesores medianamente libres para investigar y llevar adelante su tarea docente. Pero incluso en estos casos, el marco burocratizado en el que se produce el conocimiento dificulta el desarrollo de una perspectiva crítica destinada a promover el debate público sobre la distribución estructural del poder.

Por lo general, el carácter mismo de las organizaciones en las que se produce el conocimiento, más precisamente la promoción de una carrera de ascenso a través de jerarquías preestablecidas, desestimula el desarrollo de perspectivas críticas que desafíen los puntos de vista hegemónicos. Mills se refiere a esta forma de producir conocimiento como una práctica de investigación orientada por un “*ethos* burocrático” (1986: 116; 1957: 202). Las manifestaciones de ese “*ethos* burocrático” en las ciencias sociales son la “gran teoría” y el “empirismo abstracto”: una ciencia social que, por estar desarrollada en el marco de instituciones profundamente burocratizadas y vinculadas a la *élite de poder*, encuentra límites estructurales para la construcción de perspectivas críticas de los poderes que habilitan su propia producción. En este sentido, es posible afirmar que para el autor la *sociedad de masas* tiende a engendrar una sociología que difícilmente cuestiona los fundamentos estructurales de una *élite de poder* y, por ende, de la *sociedad de masas*.

Cabe remarcar que, tal como hemos indicado, Mills se muestra consciente de las condiciones estructurales que limitan la producción de una sociología crítica. *La imaginación sociológica*, en efecto, es una interpelación dirigida a los intelectuales dependientes y a los pocos que conservan cierto margen de autonomía a ir en contra de la tendencia de las ciencias sociales hacia la burocratización. En este sentido, la obra es un intento por racionalizar, en el contexto de una *sociedad de masas*, el conocimiento mismo, para a partir de ese movimiento, dar lugar al desarrollo de una sociología crítica destinada a la recuperación y el estímulo de la razón y la libertad intelectual.

Ahora bien, con respecto a las condiciones de recepción de la crítica y la racionalización de la sociología, consideramos que la propuesta de Mills presenta fuertes tensiones que quedan sin resolver y que, principalmente, habilitan interesantes reflexiones respecto de las distintas dimensiones que componen el problema de las masas en la teoría sociológica. Si

bien, como decíamos arriba, el autor contempla las dificultades para la producción de una sociología crítica en una *sociedad de masas*, creemos que de alguna manera minimiza las condiciones necesarias para que las masas enajenadas que describe en sus trabajos reciban y adopten la crítica sociológica -y más aún, de que los grandes medios de comunicación de masas se inclinen a promoverla-. En este sentido, la obra de Mills da cuenta de una fuerte tensión entre el concepto de *sociedad de masas* y la potencialidad de una crítica sociológica constituida a partir de presupuestos normativos modernos como la razón y la libertad.

El objetivo de producir una sociología crítica orientada a promover estos dos valores y, fundamentalmente, la transformación de los problemas cotidianos de los individuos en problemas públicos de forma tal que puedan afrontarse de forma colectiva, no representa otra cosa que un intento por transformar la *sociedad de masas* en una nueva *comunidad de públicos*. El papel político de la sociología, en el esquema de Mills, no es otro que el de promover la discusión pública, de forma tal que las condiciones estructurales que provocan los malestares individuales puedan ser revertidas a partir de la acumulación de una fuerza social crítica basada en la deliberación pública entre pares (1986: 197).

Si regresamos a los argumentos presentes en *La élite del poder* respecto de la mutación de la sociedad norteamericana en una *sociedad de masas*, la sociología crítica de Mills parecería encontrar en las transformaciones estructurales que sustentan la emergencia de este tipo de sociedad, los límites para la expansión de la *imaginación sociológica*. La *sociedad de masas*, tal como la describe en esta obra, se caracteriza no sólo por la presencia de una *élite de poder* que expropia la autonomía y la racionalidad de los estratos medios y las clases trabajadoras, sino por transformar a esos individuos enajenados en una masa refractaria a la discusión pública racional.

Por lo tanto, a partir de los argumentos que presenta el autor en los trabajos precedentes a *La imaginación sociológica*, es posible sostener simultáneamente la necesidad de una sociología crítica orientada a defender la razón y la libertad a través de una crítica de las estructuras de poder, así como la imposibilidad estructural de transformar a esa forma de crítica en un estilo de pensamiento generalizado. De esa manera, entonces, el proyecto de transformar a la *sociedad de masas* en una renovada *comunidad de públicos*, central para la sociología de Mills, queda atrapado en los propios argumentos y observaciones sociológicas que presenta el autor para dar cuenta de la necesidad de una sociología crítica como la que él practica a través de sus investigaciones.

IV. CONCLUSIONES: LOS LÍMITES SOCIOLOGICOS DE LA CRÍTICA SOCIOLOGICA.

Hemos realizado un recorrido a través de tres obras claves de Mills. Ese recorrido estuvo orientado a indagar en dos problemas fuertemente entrelazados. Por un lado, la caracterización que formula el autor de la *sociedad de masas*. Esta caracterización emerge, en primer término, de los rasgos centrales que asumen los empleos de las nuevas clases medias dependientes, su forma de vida y su relación enajenada respecto del producto de su trabajo, los procesos productivos y la dirección de sus actividades cotidianas. En segundo término, la *sociedad de masas* es caracterizada de forma más precisa a partir del lugar que ocupa en ella la *élite de poder* que, como requisito para su existencia y su reproducción en el tiempo, genera y reproduce una masa de individuos enajenados de la vida pública y del reconocimiento de las condiciones estructurales que generan, precisamente, su enajenación.

Por otra parte, en el marco de la reconstrucción del análisis sobre de las nuevas clases medias norteamericanas dependientes, abordamos las características que asume el trabajo intelectual. La falta de autonomía y su relación acrítica o de crítica automilitada con respecto a los poderes que constriñen su independencia se presentó como su marca de distinción. Esta caracterización de la actividad intelectual se presentó, a través de las afirmaciones centrales de *La élite del poder*, como una condición generalizada de la discusión pública, lo cual a su vez se muestra como el rasgo fundamental de una *sociedad de masas*. Ésta, a diferencia de una sociedad cuyo espacio público se configura como una *comunidad de públicos*, carece de discusiones públicas racionales y libres entre individuos autónomos, por lo que tiene como uno de sus elementos fundamentales la manipulación de la opinión público-política.

A partir de la reconstrucción de estos análisis, dotamos de significado pleno el rol crítico que Mills otorga a las ciencias sociales en general, y a la sociología en particular en *La imaginación sociológica*. Como pudimos observar, se trata de una disciplina crítica clave, puesto que el estilo de pensamiento que la caracteriza se presenta como una forma de razonamiento que permite recuperar la discusión pública y devolver a los individuos su racionalidad y, en consecuencia, aumentar su libertad y su autonomía.

Sin embargo, al confrontar el proyecto político para las ciencias sociales que propone Mills con sus propios análisis de las transformaciones estructurales de la sociedad norteamericana, las condiciones de posibilidad de producción de una sociología crítica se presentan, como mínimo, dificultosas: la burocratización y la concentración de la

propiedad y del poder atentan contra la actividad intelectual libre, autónoma y crítica de las estructuras de poder. Pero más aún, las transformaciones estructurales que Mills visibiliza con sus investigaciones presentan condiciones de recepción especialmente refractarias a una crítica sociológica como la que propone. Según nuestras interpretaciones, el autor parecería restar importancia a este factor al formular su apuesta teórica-política.

Pues bien, a partir de ésta última observación, y a modo de conclusión, es posible sugerir que la tensión entre el proyecto de impulsar un estilo de pensamiento crítico capaz de revertir las tendencias antidemocráticas de la *sociedad de masas* y las condiciones estructurales de su producción y recepción, se presenta como un problema central para la sociología de Mills y, más aún, para las ciencias sociales críticas de la *sociedad de masas* en general. En otro trabajo (Alvarez Ruiz y Bialakowsky, 2015), a partir de un análisis de parte de la obra de Comte, hemos señalado que uno de los rasgos fundamentales de la sociología es su “auto-fundación reflexiva”, es decir, su justificación y legitimación a partir de argumentos sociológicos circulares. En esta ocasión, entonces, podemos afirmar que a partir del análisis crítico de la *sociedad de masas* que formula Mills, es posible sugerir la existencia de una suerte de “auto-limitación sociológica” para la crítica sociológica de la *sociedad de masas*.

Tal como hemos indicado, el análisis sociológico de las transformaciones estructurales que configuran la *sociedad de masas*, tal como lo presenta el autor, tiene como uno de sus rasgos distintivos remarcar la expropiación no sólo del trabajo y sus productos a la mayor parte de la población, sino también -y con el mismo “peso” a nivel teórico- su racionalidad y su autonomía. Pues bien, ante la desaparición de las condiciones estructurales que permitían la existencia de una *comunidad de públicos* fundada en la discusión racional y libre entre iguales, Mills propone oponer el desarrollo y la promoción de un estilo de pensamiento crítico particular: la *imaginación sociológica*. Este estilo de pensamiento tiene como característica distintiva la capacidad de entrelazar problemas y malestares individuales con procesos y transformaciones histórico-estructurales, con lo cual se trata de un estilo de pensamiento capaz de criticar y cuestionar las condiciones estructurales que configuran, precisamente, una *sociedad de masas* que enajena a los individuos de su razón y su libertad.

Su apelación a la crítica sociológica como estilo de pensamiento racional y con potencial de estimular la autonomía de los individuos se encuentra, entonces, en tensión con límites estructurales para su recepción y apropiación por parte de los individuos enajenados. En otras palabras, la crítica sociológica encuentra como límite para su expansión las

condiciones estructurales que ella misma critica y visibiliza. Por lo tanto, sugerir el interrogante de si es posible concebir la transformación de la *sociedad de masas* en una nueva *comunidad de públicos* a partir del estímulo de la *imaginación sociológica* o si, por el contrario, el desarrollo y la transformación de la *imaginación sociológica* en un estilo de pensamiento generalizado no tiene como condición de posibilidad transformaciones estructurales en el plano de la propiedad y la distribución del poder que trascienden el plano del conocimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarez Ruiz, F., Bialakowsky, A. (2015). El legado ‘maldito’ de Auguste Comte: la ‘auto-fundación’ reflexiva de la sociología. *Acta Sociológica*, 67, mayo-agosto, 52-82.
- Becker, E. (1969). La psicología social de Mills y la gran convergencia histórica en el problema de la alienación. En: I. Horowitz (comp.) *La nueva sociología*. (pp. 131-159). Buenos Aires: Amorrortu.
- Borch, C. (2012). *The Politics of Crowds. An alternative history of sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Breen, R. (2005). Foundations of a neo-weberian class analysis. En: Wright, E. O. *Approaches to class analysis* (31-50). Cambridge: Cambridge University Press.
- de Imaz, J. L. (1972) [1964]. *Los que mandan*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dewey, J. (1954) [1927]. *The Public and its problems*. Denver: Alan Swallow.
- Goldthorpe, J. H. (1992). Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro. *Zona Abierta*, 59-60, 229-263.
- Haidar, V. (2012). (2012). Una ‘Comunidad de comunidades’: tras las huellas de una tradición liberal y democrática de pensamiento acerca de la comunidad en las obras de John Dewey y los sociólogos de la Escuela de Chicago. En P. de Marinis (comp.) *Comunidad: Estudios de teoría sociológica*, (pp.31-65). Buenos Aires: Prometeo.
- McClelland, J. (2010). *The crowd and the mob. From Plato to Canetti*. Londres: Routledge.
- Mills, Ch. W. (1957) [1951]. *Las clases medias en norteamérica (White-Collar)*. Madrid: Aguilar.
- (1964) [1962]. *Los marxistas*. México: Era.
- (1969) [1956]. *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1986) [1959]. *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schnapp, J. T., Tiew, M. (2006). *Crowds*. Stanford: Stanford University Press.

Tilman, R. (1984) *C. Wright Mills: a native radical and his American intellectual roots*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

Quijano, A. (1962). C. Wright Mills, Conciencia crítica de una Sociedad de Masas. *Revista del Museo Nacional*, 21, 305-313.

----- (1971) [1965]. Imagen y tareas del sociólogo en la sociedad peruana. *Mimeo de la Pontificia Universidad Católica del Perú*.

Winetroun, K. (1969). Mills y el fracaso de los intelectuales. En I. Horowitz (comp.) *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills* (pp. 174-190). Buenos Aires: Amorrortu.

Zeitlin, I. (2006) [1968]. *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.